

ENSAYO DE CORDELIA

Retrato de un Desconocido

VIDA DE MANUEL AZAÑA



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2021

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Herederos de Cipriano de Rivas Cherif y Enrique de Rivas Ibáñez, 2021

Prólogo: © José Luis Rodríguez Zapatero, 2021

Edición gráfica: Vicente Alberto Serrano

Revisión del texto: © Isabelo Herreros, 2021

Ilustración de cubierta: © Federico del Barrio, 2021



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: BG

ISBN: 978-84-18141-68-3

Depósito legal: M-25063-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Retrato de un Desconocido

VIDA DE MANUEL AZAÑA

Cipriano de Rivas Cherif

Prólogo de José Luis Rodríguez Zapatero

*Edición y notas de Enrique de Rivas Ibáñez,
revisada por Isabelo Herreros*



Uno 5 = Num. 245 = 17 de septiembre 1932

Estampa

Revista Gráfica = Paseo de San Vicente, 18 = MADRID

30 ctms.

Director
Propietario:
Luis Montiel

Redactor-jefe:
Vicente
Sánchez Ocaña



NES DE

NA

han comenzado tarde y serán brevísimas. Por eso las saborea más. Mírenlo ustedes con su Lejos, sobre todo, de pensar que oculto entre unos y 5.)

(Foto Llotipart.)

Manuel Azaña y su mujer, Dolores de Rivas Cherif, en El Escorial en 1932.

Índice



Prólogo de JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO	13
Breve introducción	17
1914 - 1917	29
I El secretario del Ateneo	31
II Su Pueblo y su Campo Laudable	39
III Consuelos y Renunciaciones	53
IV Los motivos de la germanofilia (Tema con variaciones)	65
V La Silla de Felipe II y el Jardín de los Frailes	71
VI Otros paisajes de fondo para su figura	79
1918 - 1920	89
VII La primera campaña electoral	91
VIII Haciendo camino	97
IX París del lado de acá	105
X Viaje a la Frontera del Este	111
XI La orilla derecha	119

XII	<i>La Pluma</i>	125
XIII	La muerte le abre las puertas de mi casa	137
XIV	La política militar en Francia y <i>La Biblia en España</i>	147
XV	Puente del Arzobispo	153
XVI	El Gobierno de los que no dejaban gobernar	161
XVII	Acción Republicana	167
XVIII	Fresdelval	173
XIX	Vísperas de San Juan	181
 1928		 187
XX	Un Baile de Máscaras	189
XXI	El querer y el poder	193
 1929 - 1930		 201
XXII	El pacto de San Sebastián	203
XXIII	Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis	209
XXIV	En el Calderón nos encontramos	217
 1931		 227
XXV	El primer capítulo	229
XXVI	14 de abril y martes	235
XXVII	Maura vidente	245
XXVIII	Presidente provisional de una España que ha dejado de ser católica	259
XXIX	El autor en el escenario y entre bastidores	269
XXX	La verbena de San Lorenzo	289
XXXI	Haciendo memoria	305

XXXII	Catalanes, ya no hay rey que os declare la guerra	307
XXXIII	De Fígols a Casas Viejas	323
XXXIV	Se acabó la República	335

1933 - 1940 353

XXXV	El vecino de Serrano 38	355
XXXVI	Su rebelión en Barcelona	367
XXXVII	Discurso en campo abierto	379
XXXVIII	Testamento confidencial	389
XXXIX	Presidente de la República	399
XL	Apeadero en Palacio	411
XLI	Huésped de la Generalitat	435
XLII	<i>Los cuadernos de La Pobleta y La velada en Benicarló</i>	461
XLIII	Don Quijote en la ínsula Barataria	473

Epílogo 485

XLIV	El éxodo	487
XLV	Trámites de la dimisión	515
XLVI	Adiós a París	533
XLVII	Memorias de <i>La Prasle</i>	545
XLVIII	El maleficio de <i>Fresdeval</i>	561
XLIX	El fallo del doctor Monod	575
L	Miguel Maura nos devuelve la visita	589
LI	La <i>débâcle</i>	595
LII	Y la paz	607

APÉNDICE: Epistolario Manuel Azaña - Cipriano de Rivas Cherif	621
Correspondencia entre 1921-1922	627
Correspondencia de 1924	655
Correspondencia de 1925	705
Cartas desde La Coruña (1927)	765
Cartas de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1934	777
Cartas de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1936	797
Una carta de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1937	837
Índice onomástico	843

Prólogo

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO

ES MUY DE AGRADECER este reencuentro con los textos de Azaña que Reino de Cordelia lleva haciendo posible durante los últimos años con ediciones muy cuidadas y de apariencia atractiva y amable. En esta ocasión, coincidiendo con el año en que se cumplen ochenta desde que muriera el político alcalaíno, se le ofrece al lector, a todos los azañistas irredentos y a los que, sin duda, están por venir, nada menos que una nueva edición de la biografía escrita por Rivas Cherif, su *Retrato de un desconocido*, en la versión preparada por su hijo Enrique y que revisa Isabelo Herreros. *De un desconocido*, sí, como el autor creía que era Don Manuel, al menos en su faceta más personal, a principios de la década de los cuarenta cuando arreciaban las burdas descalificaciones con las que el nuevo régimen salido de la guerra civil se apresuraba a intentar sacar de la Historia a la figura más insigne de la República española.

Se ha escrito por especialistas acerca de qué tipo de biografía es este *Retrato*, esta «vida de Manuel Azaña», expresión que complementa el título de la obra. Como nosotros no lo somos, tal vez baste con indicar, pensando en quien por vez primera se aproxime a la obra, que estamos en presencia de un relato —retrato con relato— que describe casi tres décadas de aquella, en las que se enmarca la madurez del intelecto-

tual y político español, hasta su muerte en Montauban el 3 de noviembre de 1940, cuya tumba tuve la oportunidad de visitar con emoción, junto a mi familia y amigos más íntimos —permítaseme esta referencia personal— en enero de 2015.

Naturalmente, es determinante la relación que existía entre biógrafo y biografiado. Durante todo el tiempo, Manuel Azaña y Cipriano Rivas mantuvieron una amistad entrañable, una amistad de esas que, como diría Borges, no precisan frecuentación —Cipriano Rivas pasa temporadas fuera del entorno de Azaña, de ahí la correspondencia entre ambos—, aunque se frecuentaron mucho, en viajes, en tertulias, en paseos, con ocasión de visitas a las dependencias oficiales del político... y llegaron a convivir junto con sus familias en la etapa del exilio, porque la relación entre ambos había devenido en parentesco una vez que, en febrero de 1929, Azaña se casase con Lola Rivas, la hermana pequeña de Cipriano.

En este *Retrato* hay continuos testimonios de esta amistad, verdaderamente inquebrantable, incondicional, que en muchos momentos conmueve. Una amistad teñida por la admiración que Cipriano le profesa a Azaña, a quien nunca se refiere en estas extensas páginas —como se ha destacado, porque llama la atención— por su nombre o apellido: es el «compañero», el «secretario del Ateneo», el «diputado», el «ministro», el «presidente del Consejo», el «expresidente», el «presidente de la República», el «cuñado» o «hermano político»... siempre el «amigo». Cabe añadir que el lector es en todo momento consciente de tal admiración, por lo que ello no le impedirá alejarse de ella, si fuera menester, para valorar con objetividad las menciones a los comentarios o actitudes mostradas por Azaña y al marco y al momento en que se producen.

Azaña nos dejó su propia biografía, sus *Memorias*, y las referencias biográficas contenidas en sus otras obras. En este sentido, el texto de Rivas Cherif viene a complementarlas cuando nos cuenta los pensamientos y motivaciones de aquel, tanto en relación con sus inquietudes literarias como respecto de las iniciativas y reacciones a los acontecimientos políticos, y cuando incluye las oportunas y bien descritas, con profusión, referencias de contexto en que unas y otras aparecen. Además —hay que hacer notar—, la conexión entre la interpretación del propio Azaña y de Rivas sobre Azaña se establece expresamente en las notas a pie de página, planteándose un curioso y bien interesante diálogo entre el texto y ellas,

casi siempre confirmatorio aunque no exento de matices y modulaciones. Para que el lector en cada caso juzgue.

Si tuviera que destacar los pasajes que más me han impresionado de este dilatado retrato en movimiento elegiría el principio y el fin, el principio y el fin de la República, este último casi coetáneo de la muerte del propio Azaña.

El principio, el 14 de abril, que Rivas Cherif vive hora a hora junto a Azaña y a otros líderes políticos, desgranando minuciosamente el precipitarse de los acontecimientos, con esa mezcla de azar y necesidad que está casi siempre presente en los sucesos de relevancia histórica. La aparente serenidad de Azaña ante el vértigo del cambio, inesperado por sobrevenido, del régimen; y su alegría cuando comunica la noticia de que Macià ha celebrado el advenimiento de la República en Cataluña con el grito de «Viva España», lo que, sin duda, remite a la preocupación que Azaña tenía por la cohesión territorial de España y a la que tanto tiempo y afán habría de dedicar después con motivo de la elaboración del Estatut y con ocasión de ulteriores acontecimientos menos esperanzadores. Algo que se entiende muy bien, por cierto.

El final, el golpe, la guerra civil, la creciente sensación de la derrota, las desavenencias y rupturas entre los líderes republicanos, los sucesivos traslados, el accidentado alejamiento de España, el exilio. Como escribió Marichal, tras julio del 36, el presidente de la República se apresta a «preparar el testamento colectivo de una generación histórica para legar así a sus compatriotas por venir el fruto sombrío de las terribles luchas fratricidas». Es «la conciencia trágica de Azaña», en carne viva.

En este último período, impresiona el contraste entre la dignidad del personaje y la perentoriedad de sus circunstancias. Impresiona también su obsesión por la paz (que ya no podemos siquiera concebir sino junto a la «piedad» y el «perdón»), su obsesión porque cese «la sangre» («la guerra es un crimen que no debe acep-



José Luis Rodríguez Zapatero ante la tumba de Azaña, el 17 de enero de 2015.
Foto: POLO GARAT | EFE.

tarse jamás, que es necesario impedir»), aunque sea con un reconocimiento de la derrota, y del vencedor, siempre que sea «humanitario»...

Ningún político como Manuel Azaña encarna mejor o simboliza los anhelos y las frustraciones de la gobernación de España, de su conformación como una comunidad política, una comunidad de hombres y mujeres libres, social y territorialmente cohesionada, esto es, una comunidad de ciudadanos. Más de siete décadas después de que vislumbrara el corazón de una democracia social como esa, que hoy nos sigue pareciendo perfectamente reconocible, los ecos de esos anhelos y de esas frustraciones, unos y otras, llegan también hasta nosotros. Y ello a pesar de que la generación a la que pertenezco puede sentirse afortunada de ser la primera que, desde su mayoría de edad, solo conoce la democracia como forma de ordenar la convivencia.

Por tanto, no es que volvámos a Azaña, es que siempre estuvo con nosotros. Como su mirada a Europa, igualmente inseparable, de él y de nuestro presente.

Asimismo, ningún político ha encarnado mejor la relación entre cultura y política, entre la reflexión y la acción que se proyecta sobre la sociedad. Manuel Azaña fue un gran intelectual, a fuer de político, y a la inversa. Y pensaba que la política era el estadio más elevado de la cultura, lo que supone entender aquella como expresión de racionalidad y sensibilidad, lo que hoy se tiende a llamar empatía, el respeto por la diversidad, hacerse cargo de las diferencias, el ejercicio de la tolerancia... Azaña luchó frente a la irracionalidad, y la irracionalidad le tumbó al tiempo que arruinaba al país. No he conocido a ningún irracional moderado, empático o tolerante. Conviene, particularmente hoy, recordarlo y poner énfasis en ello.

Se ha abusado tanto de la expresión lectura indispensable que da rubor utilizarla. Pero no me resisto. Esta obra es de lectura indispensable, en mi opinión, para todo aquel a quien le interese la Historia reciente de España, lo que supuso —anhelos y frustraciones— el período de la II República y, desde luego, para el que se haya acercado ya a la obra de Azaña. Encontrará en su lectura, muy bien conjugados, el interés y el puro disfrute. Qué más se puede pedir.

J. L. R. Z.

Breve introducción

LA SINGULARIDAD de *Retrato de un desconocido* radica en que es el único libro —de los que han tratado de aproximarse a la complejidad de la personalidad política y literaria de Manuel Azaña—, que está basado en el conocimiento directo del biografiado a lo largo de más de veinticinco años. Es por lo mismo que, según destacaba Enrique de Rivas en la primera edición en España: «De ahí que su valor testimonial constituya su rasgo más destacado y el que le hace insustituible, incluso como fuente histórica inmediata».

El autor escribió la obra durante su estancia en prisión, tras ser detenido por la Gestapo y policías españoles en Pila sur Mer, el día 10 de julio de 1940, en la Francia ocupada por los nazis alemanes, para ser conducido a España junto a otras personas del entorno de Manuel Azaña, también refugiados en Francia, como Carlos Montilla y Miguel Salvador¹, además del cocinero de la presidencia, Epifanio Huerga, y el conductor, José Ibáñez. En la misma operación, dirigida por un viejo enemigo de Manuel Azaña, el entonces embajador franquista José Félix de Lequerica, también

¹ Miguel Salvador Carreras era hermano del que fuera diputado y ministro de Izquierda Republicana Amós Salvador y, aunque había sido diputado durante la Monarquía, durante la República no volvió a ocupar cargo alguno, dedicado a la música, como fundador y presidente que era de la Sociedad Nacional de Música y de la Sociedad Filarmónica de Madrid, crítico musical, además de miembro de la Academia de Bellas Artes.

fueron detenidos y conducidos a España para su fusilamiento Julián Zugazagoitia, Francisco Cruz Salido, Teodomiro Menéndez y Lluís Companys.

Rivas Cherif permaneció tres meses detenido en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, en espera de juicio, sometido a violentos e interminables interrogatorios, incomunicado y sin contacto alguno con su familia. El juicio, en Consejo Sumarísimo, tuvo lugar finalmente el día 21 de octubre de 1940 en la madrileña plaza de las Salesas, a donde fue conducido el autor junto a sus compañeros de sumario Zugazagoitia, Cruz Salido, Menéndez, Carlos Montilla y Miguel Salvador. Excepto Teodomiro Menéndez, que fue condenado a treinta años de prisión, el resto, incluido Rivas Cherif, fueron sentenciados a la pena de muerte. En la madrugada del 8 al 9 de noviembre fueron ejecutados Zugazagoitia y Cruz Salido. Mientras tanto se había producido en la localidad francesa de Montauban la muerte de Manuel Azaña, de la que tuvo noticia Cipriano en la tarde del 5 noviembre gracias a los redactores, presos también, del periódico penitenciario *Redención*. Poco tiempo después, probablemente debido a las gestiones que la viuda de Azaña, Dolores de Rivas, había realizado en Francia cerca de la jerarquía católica, le fue comunicada la conmutación de la pena de muerte, sustituida por la de treinta años de prisión, beneficio que también alcanzó a sus correligionarios Miguel Salvador y Carlos Montilla. Se iniciaba, para estos tres amigos de Manuel Azaña, un largo período de lo que entonces, con humor, los propios republicanos llamaban «turismo carcelario», y que les condujo a distintas prisiones del país, la mayoría muy alejadas de Madrid para penalizar también a las familias, obligándolas a realizar largos viajes para hacer visitas, y dificultar la entrega de alimentos o ropas.

Tal y como comunicó a su hermana, Rivas Cherif inició la redacción de esta biografía el día 3 de noviembre de 1941, en el Penal del Puerto de Santa María, uno de los presidios más duros de entonces, y la finalizó otro 3 de noviembre, de 1943, en la Colonia Penitencia del Dueso. La pretensión del biógrafo fue muy modesta en todo momento, y era la de hacer «un buen complemento a las *Memorias políticas y de guerra*». Nadie como Rivas Cherif conocía los manuscritos de Manuel Azaña, y sabía que su amigo no había escrito diarios durante el período en que estuvo alejado del poder, y en los años anteriores solo de modo puntual y sin continuidad. Por eso mismo trata de complementar esos años de la trayectoria de Azaña como político y



El abogado mexicano Isidro Fabela (de izquierda a derecha), Manuel Azaña y Cipriano de Rivas Cherif.

escritor, y es por ello que, de los cincuenta y dos capítulos del libro, veinticinco se sitúan en los años anteriores a 1931.

En el Penal del Dueso, a donde llegó el 23 de septiembre de 1942, procedente del temible Fuerte de San Cristóbal, en Pamplona, es donde tuvo la suficiente tranquilidad y medios materiales, léase papel y lápiz o pluma, para finalizar la biografía, sometido, eso sí, siempre a vigilancia y censura. En ocasiones realizaba copias, que escondía en algún resquicio de un muro, o se lo entregaba a algún compañero de celda, pues en más de una ocasión le fue intervenido, para no serle devuelto, el cuaderno en el que escribía. Esa constante censura explica también el que, en el *Retrato de un desconocido*, se oculte constantemente el nombre del biografiado, con alusiones al secretario del Ateneo, el ministro de la Guerra, el vecino de Serrano 38 o

el presidente, según el momento o etapa de la vida de Azaña. Por haber dejado testimonio suficiente sabemos que, en la primera etapa de la gestación de la biografía, en el Penal del Puerto de Santa María, estuvo acompañado el autor por Carlos Montilla, un «público» de lujo a quien leer a diario los borradores. El también correligionario de Izquierda Republicana, además de viejo amigo del biografiado, había ocupado cargos públicos relevantes durante del primer bienio republicano, como gobernador civil o director general, y durante la guerra fue el primer presidente de la Junta de Incautación y Protección del Patrimonio Artístico, así como embajador, por lo que había sido testigo privilegiado de cuanto había ocurrido de relevante en nuestro país durante la República y la Guerra Civil.

No fue la redacción de el *Retrato de un desconocido* la única actividad realizada por Cipriano de Rivas durante su cautiverio en las cárceles franquistas. Persona animosa y creativa, encontró en la escritura y en el teatro su manera de evadirse de una realidad durísima, que tiene como inicio la estancia de tres meses de incomunicación en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, y continúa con otra algo más breve, pero igual o peor en sufrimiento, cual fue el tiempo pasado en la capilla de la prisión de Porlier, a la espera de ser ejecutado. En aquellos tristes días, además de poemas, escribió *Carta de un condenado a muerte*², manuscrito que permaneció inédito hasta 1980, en realidad encabezado por *Mis queridos amigos*, y que supone una defensa de las gestiones para conseguir la paz, realizadas por Manuel Azaña a lo largo de todo el período de guerra, y también un impagable testimonio sobre los últimos meses en España del presidente de la República. Poco antes escribió una *Epístola de Amós Salvador en Caracas*, narración poética de su detención y traslado a Madrid, y que contiene 1.018 versos.

Mas tarde, en el penal del Dueso, durante los meses de noviembre y diciembre de 1944, escribió Rivas Cherif otro testimonio, titulado *Tres mártires. Companys, Zugazagoitia y Cruz Salido*³, donde relata con minuciosidad, pero también con emoción, todo lo vivido, desde su apresamiento en Francia, junto al presidente catalán y los dos dirigentes socialistas. Al primero lo llevaron pronto a Barcelona,

² *Tiempo de Historia*, julio 1980.

³ *Tiempo de Historia*, mayo 1978.

para ser fusilado en los fosos de Montjuic, pero con los periodistas Zugazagoitia y Cruz Salido convivió en la prisión de Porlier, y quiso estar con ellos hasta el mismo momento en que fueron conducidos frente al pelotón de fusilamiento el 9 de noviembre de 1940.

En el penal del Dueso Rivas Cherif no solo fue capaz de organizar una compañía de teatro de gran calidad, sino que, llevado de su entusiasmo, pasión por la escena y buena presencia de ánimo, continuó con su proyecto de innovación del teatro español, lo que le llevó incluso a estrenar obras de Eugene O'Neill, como *Rumbo a Cardiff* y *En zona prohibida*, desconocidas en España. Aparte de la dirección del «cuadro artístico», a Rivas Cherif se debe la creación del Teatro Escuela del Dueso, con su programa de estudios, muy innovador. Contó durante aquellos años con el apoyo del director de la prisión, Juan Sánchez Ralo, un aficionado entusiasta del Arte de Talía. En el repertorio se incluyeron obras del teatro clásico español, como *El alcalde de Zalamea*, *Los baños de Argel*, *El gran teatro del mundo*, *La guarda cuidadosa*, *La leyenda de Don Juan*, con textos de Moliere, Tirso y Zorrilla o *La vida es sueño*. Consiguió, para sí y el resto de presos que participaban de aquella compañía, la aplicación de redención de penas por el trabajo por días dedicados a ensayos y representaciones. Aquel experimento llegó a oídos de Jacinto Benavente, plenamente reconciliado ya con el régimen, y respetado, por el prestigio que daba contar en España con un premio Nobel. Don Jacinto escribió una obra para los reclusos del Dueso titulada *Espejo de grandes*, e incluso visitó el penal y asistió a la representación, y le escucharon decir que hasta ese día no había vuelto a ver teatro desde antes de la guerra.

Uno de los reclusos que participó en aquel proyecto experimental, y de modo entusiasta, tal y como tiene referido en sus memorias inéditas, fue el muy popular novelista erótico y cupletista Álvaro Retana, también figurinista, condenado de igual modo a treinta años. El nombre que el autor de *Las tardes del Ritz* recordaba del centro educativo teatral era el de Escuela de Orientación Profesional en las Artes y Oficios del Teatro. De la construcción de escenarios, con supresión de la concha de apuntador, recordaba «un sistema simplicísimo de decorados a base de una cámara neutra, apliques y bastidores, con modernísima iluminación indirecta, con cúpula metálica del sistema Fortuny, que por entonces solo dos teatros de Madrid disponían de la misma. Todo, vestuario y decorados, confeccionado por los

reclusos bajo la dirección de Cipriano Rivas Cherif». Según Retana, los coros y la orquestina estaban presentes en todo aquello, «que significaba el triunfo de la Cultura en un ambiente donde había bastantes analfabetos, que, sin embargo, se conmovían auténticamente ante aquellas palpitaciones de VERDADERO ARTE que solo podía dar un Cipriano Rivas Cherif, espíritu finísimo, que, aburrido de la incompreensión actual, a su salida del penal prefirió marcharse a México, donde continúa rindiendo culto al arte español». Otros reclusos que participaron de aquella experiencia pudieron dedicarse años después al teatro, una vez cumplidas sus condenas y con un certificado que avalaba su profesionalidad, expedido por el Sindicato Nacional del Espectáculo. Pero hubo un recluso, con buena preparación artística, que no quiso participar ni colaborar en modo alguno con Rivas Cherif, y que fue el que sería después célebre dramaturgo Antonio Buero Vallejo, entonces bajo la disciplina comunista, a quienes lo de hacer teatro en la cárcel les parecía colaboración con el régimen. Esta más que anécdota dolió al director del grupo teatral, y, en los años cincuenta, en la revista *Ibérica*⁴ de Nueva York, se acordó de la negativa del ya laureado escritor, integrado en el mundo cultural del franquismo, tras recibir en 1949 el premio Lope de Vega. Muchos años después, en una entrevista, Buero, autor de *En la ardiente oscuridad*, se acordó de su desencuentro con Rivas Cherif, pero comentó que no recordaba la razón de su negativa.

No existen trabajos biográficos sobre Cipriano de Rivas, si bien es cierto que, en particular en el ámbito de los estudiosos de la historia del Teatro, hay un interés creciente por el papel que tuvo en la innovación de la escena española durante los años veinte y treinta. Su colaboración durante varios años con Margarita Xirgu consiguió puestas en escena que, no solo situaron al teatro español en sintonía con los movimientos más vanguardistas del mundo, si no que cosecharon grandes éxitos de público y de crítica. Por entonces no existía en España la profesión de director teatral o de escena, función que venía a recaer en el primer actor o actriz, que con frecuencia era el titular de la compañía. Es precisamente esta faceta de hombre de teatro la única que se ha estudiado de la rica y creativa trayectoria de Rivas Cherif, además de permanecer inédita gran parte de su obra literaria, entre la que se

⁴ O'Neill en un presidio de Franco. Cipriano de Rivas Cherif. *Ibérica*, n° 4, Nueva York (15 de abril 1956).

encuentran ediciones, traducciones, novelas, cuentos, obras dramáticas, poemarios o libretos para ballet y óperas. En un rastreo que consideran incompleto, Aguilera y Aznar⁵ encontraron más de mil artículos publicados por el autor, y que por orden cronológico empiezan en 1907 y finalizan pocos días antes de la muerte del autor el 23 de diciembre de 1967, precisamente cuando preparaba una serie de conferencias teatrales y había aceptado una propuesta para dirigir teatro en Perú y Chile. También se deben citar como muy importantes las investigaciones de la profesora María Carmen Gil Fombellida⁶. Desde que se encauzó su temprana vocación literaria Rivas Cherif escribió para diarios y revistas, donde ejerció con frecuencia de crítico literario, teatral, de ballet y de cine.

En marzo de 1944 hubo un cambio de director en el Penal del Dueso, lo que supuso la paulatina desaparición del teatro y el inicio de una etapa de persecución contra Rivas Cherif, orquestada por el nuevo director, Justo Herraiz, con una burda acusación de dirigir una conspiración comunista. A pesar de lo chusco de las pruebas, que partían de un escrito falsificado, del que acusaban de ser autor al director de la Escuela de Teatro, un juzgado de Santander inició un proceso, sumario 126/45, y, por su parte el nuevo director del penal castigó en celda de aislamiento a Rivas Cherif durante once meses. Finalmente pudo acogerse a una reducción de condena, tras un indulto del «Caudillo», decretado el 9 de octubre de 1945, por lo que pudo obtener el 18 de enero de 1946 su certificado de libertad, si bien volvió a ingresar a los pocos días, a instancia de su propio abogado, para evitar la detención por parte de un policía, un tal Madroñal, de la Brigada Político Social, que merodeaba la prisión y tenía especial inquina contra el autor. Gracias a los buenos oficios de su defensor consiguió salir de prisión con una orden de libertad firmada por el juez, y pudo llegar a Madrid sin sobresaltos el 16 de marzo de 1946, pero con prohibición de salir de España y presentaciones semanales en comisaría, por lo que tuvo que buscar trabajo para subsistir, precisamente como director teatral, algo que no le resultó difícil, gracias a la incondicional amistad de la actriz María Cañete, del representante Fernando Collado y del empresario del Teatro Cómico, el veterano Enrique Chicote, entre otras muchas per-

⁵ *Cipriano de Rivas Cherif y el teatro español de su época (1891-1967)*, Juan Aguilera Sastre y Manuel Aznar Soler.

⁶ Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España. Madrid 1999.

⁶ *Rivas Cherif, Margarita Xirgu y el teatro de la II República*. M.C. Gil Fombellida. Madrid: Fundamentos, 3003.

sonas del mundo del teatro. Lo que no tuvo fácil fue la obtención del permiso y pasaporte para salir de España y poder viajar a México, donde se encontraba exiliada su familia, es decir, su esposa, Carmen Ibáñez, y sus cuatro hijos, así como sus hermanos Manuel, prestigioso oftalmólogo, y Dolores, viuda de Manuel Azaña. No fue hasta septiembre de 1947 cuando pudo salir de España; sin que por ello dejase de ser perseguido, pues el mismo día que se embarcaba en Cádiz había sido cursada una nueva orden de detención contra él, por suerte solo fue enviada a los aeropuertos. La maquinaria represiva del franquismo no se olvidaba del cuñado de Manuel Azaña, parentesco que le recordaban con frecuencia algunos policías. Diversos juzgados y tribunales siguieron instruyendo causas, y embargaron el patrimonio familiar de la familia Rivas, sin olvidar la importancia del archivo de Rivas Cherif, incautado junto al de Manuel Azaña en Pila sur Mer, en julio de 1940, y que vino a aparecer en 1984 en unas dependencias policiales de Madrid. Todavía en 1954 el Boletín Oficial del Estado publicaba una requisitoria contra el procesado Cipriano Rivas Cherif, emitida por el Juzgado de Instrucción número dos de Santander, por actividades contra el régimen.

Rivas Cherif es consciente de la importancia que tendrá en el futuro la vida y obra de Manuel Azaña, y está de acuerdo con lo que el presidente había escrito en sus diarios de París en 1912: «Creo que un hombre de mérito no buscará la admiración ajena. Querrá más bien ser comprendido y —perdónese el barbarismo— participado». Es por ello que asumirá que le ha correspondido hacer de cronista y reseñar la historia, de la que también ha sido protagonista, y testigo excepcional. Pero no se conforma solo con lo que ha presenciado, y desde la prisión recaba de su hermana información de cuanto ha ocurrido en los últimos meses de vida de su entrañable amigo: «Desde el día en que salisteis de Pyla, hasta el 3 de noviembre, es menester que apuntes por lo menudo, incluso con detalles que pueden parecerte insignificantes, lo que pasó en todos los sentidos de la palabra. No tengas la menor preocupación literaria. Si te cuesta trabajo hacerlo como unas memorias, escríbemelas a mí. No escribas tampoco con la preocupación de que nadie ha de verlas, ni yo mismo; porque no te digo que las escribas para que las mandes, sino para que lo tengas escrito; después, será cosa que también apuntes tus recuerdos de la guerra y de los años de la República. Esos recuerdos quizá no sean para publicarlos ahora, ni tal vez mientras vivamos; pero se deben dejar escritos».

A pesar del indudable interés que tenía y tiene el *Retrato de un desconocido* no fue inmediata su publicación en México, tal y como era la intención del autor, tras su llegada a suelo mejicano, por resultar poco conveniente en determinados círculos del exilio republicano, como tampoco lo había sido la aparición años atrás de *La velada en Benicarló*. No fue hasta 1961 que una editorial, Oasis, fundada por exiliados españoles, se decidió a publicar el libro, pero con la condición de reducir páginas; además, y esto era sabido, el libro estaba prohibido en España, por lo que hasta 1979 no se pudo conocer el *Retrato*, en una cuidada edición a cargo de Enrique de Rivas, que incluyó el epistolario entre el autor y Manuel Azaña, desde 1921 hasta 1937.

Hemos querido en esta edición seguir la pauta marcada por Enrique de Rivas, y mantener e incluso aumentar las posibilidades de cotejo o confrontación del *Retrato* con lo que escribió el propio Azaña, en diarios, artículos, discursos o correspondencia. En la edición de 1979 se hacía continua referencia a las Obras Completas editadas en cuatro Tomos en México, pero en esta edición la referencia, también son las *Obras Completas*, pero en su edición de 2007, del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Otras referencias lo son a las *Memorias Políticas y de guerra*, edición de Editorial Crítica, Grijalbo, Barcelona 1978, Tomos I y II, si bien se facilita la fecha de la anotación el diario, por si el lector tuviera una edición posterior; *Los españoles en guerra*, 1977 y *Plumas y palabras*, 1976, en ediciones también de la Editorial Crítica.

Realizó Enrique unas cuantas aportaciones más, como lo fue la edición de los *Apuntes de memoria y cartas y Comentarios y notas a «Apuntes de memoria»*⁷ o la recopilación de cuantos libros y artículos se habían escrito en torno a la vida y obra del presidente de la República. A lo largo de los años, hasta que cayó enfermo, participó con entusiasmo en cuantas actividades o publicaciones relacionadas con Azaña se le invitaba, además de su presencia frecuente en los homenajes anuales que se tributan al presidente en Montauban. Fue una persona de gran generosidad, que ayudaba a cuantos acudían a él en petición de ayuda para una tesis o cualquier investigación relacionada bien con Azaña o Cipriano de Rivas, aportándoles no solo sus conocimientos y saberes, también los archivos familiares para su consulta,

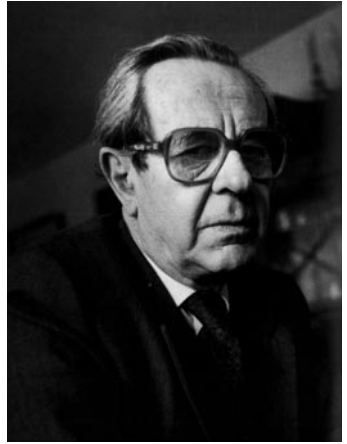
⁷ Pre-Textos, Valencia, 1990.

a veces con gastos por su cuenta, como las fotocopias que realizaba y enviaba a investigadores que no podían desplazarse, bien a Roma, donde residió durante los años en que fue alto funcionario de la FAO, o bien a México, donde pasaba varios meses al año en compañía de su familia. Con esta edición hemos cumplido con el deseo de Enrique de Rivas⁸, formulado a lo largo de los años, y que era reeditar del *Retrato* para su divulgación entre las generaciones más jóvenes.

ISABELO HERREROS

Agosto de 2021

⁸ Enrique de Rivas Ibáñez falleció en México el pasado 3 de enero de 2021, a la edad de 89 años.



✿✿✿✿✿✿✿✿✿✿
a Enrique de Rivas Ibáñez,
in memoriam

1914-1917



Manuel Azaña en 1915.



Dibujo de Manuel Alcázar para el número del 8 de febrero de 1884 de *La Ilustración Española y Americana*, que recoge el aspecto de la escalera principal del Ateneo de Madrid en la noche del 31 de enero de ese mismo año, en que se inauguró el edificio.

I. El secretario del Ateneo

ÉL SE ACORDABA MEJOR QUE YO de la circunstancia de nuestra primera entrevista. Más que vernos entonces nos entrevistamos, en efecto.

Recién llegado de doctorarme en Leyes, en Bolonia, me había reintegrado una buena tarde de mayo a mis amigos juveniles del Ateneo de Madrid.

Entré en la saleta baja, famosa en los anales de la casa por el nombre de la «Cacharrería», que le habían dado en tiempos sus mismos habituales, con ocasión de su primer acomodo y decorado de tibores, motejados luego de «cacharros»¹. Conmigo entraba Pedro Salinas, que aún había de tardar algunos años en publicar sus primeros versos, haciéndome los honores de aquella nuestra «Docta Casa», recién restaurada a la sazón.

—¿Quién ha puesto esto tan feo? —parece que pregunté con cierta insolencia.

Años después y hasta los últimos de su vida, él recordaba risueño aquella primera incidencia del destino azaroso en nuestro encuentro.

¹ «Ese saloncito es, amigo mío, la famosa e inmortal *Cacharrería*, verdadero centro vital del Ateneo, punto de reunión de lo más selecto de esta casa, fragua encendida donde se forjan rayos que admiran y anonadan a los no iniciados». De *Tardes madrileñas II. El Ateneo*, 20 de marzo de 1903. Artículos en *Gente Vieja*, O.C., I, p. 88.

A creerle —y era tan exacto al recordar como al prever—, Salinas me llamó disimuladamente la atención respecto a su presencia. Quien allí me estaba oyendo en un corro más o menos concurrido, y atento a mi descaro, aunque en conversación ajena a la nuestra no se diese por enterado, era el nuevo secretario del Ateneo.



Azaña, recién elegido secretario del Ateneo, semioculto por la sombra del busto de don Segismundo Moret; junto a él, a la derecha, Ortega y Gasset.

Si ahora me empeño en reconstruir la primera impresión por otras posteriores, le veo corpulento, y más que gordo, beatíficamente apoyado en la sotabarba que le redondeaba el rostro, proporcionándolo a la cabeza robusta. Y tan asegurada sobre los hombros que, aun erguida, no descollaba airosa, ni mucho menos voluble, de entre las espaldas reacias. De cara y pelo pálidamente rubios, más encendidamente el del bigote hirsuto y

abundante, aunque recortadas ya las guías enhiestas, de moda hasta hacía poco, descansaba distraído, fumando un cigarrillo tal vez, cuya ceniza sacudía con nerviosa reiteración, en contraste con su tranquila complacencia en el humo reciente. Estaba recostado en un butacón de un gran tresillo, una pierna sobre otra. Vestía un traje marrón, si no era gris. Su desaliño natural malbarataba la buena calidad de la tela y el corte irreprochable del sastre inglés de que era antiguo parroquiano. A la verdad, de primera intención no se echaba de ver.

Pronto vi que aquella aparente novedad suntuaria del Ateneo encerraba una reforma de más fondo. Al reformista que la llevaba a cabo, este calificativo le cuadraba doblemente: de un año databa, por la primavera de 1912, la fundación, con tal nombre y claro propósito, del partido que bajo la jefatura del republicano Melquíades Álvarez se proponía insertar en la Monarquía, como trasantaño los posibilistas de Castelar, las esencias liberales y democráticas de Europa...

Por entonces también las elecciones estatutarias para nueva Junta de Gobierno Ateneísta, le llevaron a ella como secretario². Solo de poco antes se había distinguido entre los socios activos. Retraído en una tertulia que a sí propia se llamaba burlescamente de «las fuerzas vivas», porque nada hacían sus componentes, sino lo que se dice matar el tiempo, salió de su indiferencia para oponerse a la campaña de descrédito contra el antiguo presidente de la Sociedad, don Segismundo Moret³. Nunca había hablado en público hasta que una tarde, en el curso de una discusión, se levantó en el salón de sesiones, para defender la gestión administrativa de quienes hasta entonces habían regido los destinos del Ateneo.

A lo que me contaban mis amigos, fue una revelación. Tras de la campaña falsamente depuradora de los contrarios, se advertía una política de reacción antiliberal en contra de la seguida tradicionalmente por los mantenedores del espíritu *sui generis* de casino tal: sociedad sin par y sin ejemplo, porque excedía los límites del simple círculo de recreo o tertulia ociosa y participando de la academia, la cátedra y la tribuna —no se diga de la biblioteca—, cumplía asimismo la función que llenaron los clubs traducidos de Francia en el siglo pasado⁴.



Inauguración de una placa conmemorativa en el Ateneo.
Manuel Azaña aparece de perfil en el centro.

² Se refiere a las que tuvieron lugar el 6 de febrero de 1913, en las que Manuel Azaña resultó elegido secretario primero del Ateneo de Madrid.

³ «Yo no había pronunciado nunca hasta entonces ningún discurso, y en la tertulia de las “fuerzas vivas”, compuesta de señoritos divagadores y aficionados, nos burlábamos, por reacción contra los pedantes ateneístas, de sus oradores. Ya secretario, me vi desde el día siguiente en la necesidad de defender en las juntas generales la gestión de la directiva, y entonces había pendientes en el Ateneo cuestiones de régimen interior (la gestión Moret) que apasionaban mucho. Me encontré con facilidad para hablar, y llamaba la atención que lo hiciese con cierta elegancia y exactitud». Manuel Azaña, *Memorias*, I, 31 de mayo de 1932, Editorial Crítica, p. 485.

⁴ Véase la descripción del Ateneo en esa época que hace el propio Azaña en *Tres generaciones del Ateneo*, O.C., II, pp. 997-1.103.

Asistí con curiosidad a una de las juntas ordinarias de socios que se celebraban todos los meses. El nuevo secretario tenía tras de sí una mayoría adicta y un grupo de incondicionales. Oía impertérrito, con cierta seriedad socarrona, a un lado de la mesa presidencial, interpelaciones y preguntas al uso reglamentario, un tanto pedantesco imitado del de las Cortes. Al cabo pedía la palabra y con elocuencia persuasiva —pero con un rigor de lógica irritante por irrefutable— derrotaba fácilmente a los contrarios; sobre todo al contrario por excelencia, cierto leguleyo ridículo, Sandalio Díaz-Tendero, que aburría a tirios y troyanos con la minuciosidad ineficaz de sus exámenes de cuentas.

Bullía por entonces entre la juventud que estimábamos señalada para triunfar en política un muchacho mayor que los de mi edad, aunque la pequeñez de su estatura, su movilidad, su facundia y su simpatía un tanto infantil más le hacía de mis años, aparentemente, que de su generación: Rafaelito Sánchez Ocaña, que por el diminutivo le conocíamos todos, quien me instó una noche con gran empeño a que fuese con él y otros amigos a no sé qué especie de mitin o conferencia pública que el nuevo secretario del Ateneo había de dar en el Polistilo (así se titulaba un *skating ring* trasladado de sus primeras glorias en la calle de Villanueva, casi esquina a la de Velázquez).

Al principio me resistí a la invitación. Me seducía poco la política y mucho menos la de los reformistas. Mi indiferencia, más que animadversión por el flamante partido, no tenía motivo concreto.

Me decidí al fin, con otros cuantos ateneístas, a oír al secretario en su segunda salida de su medio propio. Poco antes había tomado parte en un primer mitin en Alcalá de Henares, su pueblo, en compañía de Enrique de Mesa, exsecretario del Ateneo a su vez, y reconocido poeta de diez años atrás, que por entonces también hacía unos pinitos en que no persistió con actividad política profesional⁵.

No he olvidado, sin embargo, algunos detalles, que a la sazón debieron parecerme fútiles y sin importancia alguna. La persistencia de tales recuerdos demuestra que lo importante no fue lo que dijo. Tampoco pretendo que lo sea semejante ocasión, sino por la afición que despertó en mí y de que nació nuestra amistad de por vida.

⁵ *El Imparcial*, 6 de diciembre de 1913. Texto del discurso en *O.C.*, I, pp. 217-228

En el teatrillo, contiguo al salón de patinar cubierto de cristales, estábamos contados oyentes. Los pocos pero pertinaces patinadores, que a tales horas se ejercitaban en carreras y vueltas, chirriantes sobre la pista de *portland* retumbante con un eco vacío en la claraboya, distraían nuestra atención.

Apareció el secretario del Ateneo en el escenario y avanzó hasta las apagadas candilejas, sin defensa alguna de mesa ni vaso de agua. Se produjo, ante público tan exiguo y reconocidamente suyo, con la cortedad natural que da la confianza de unos contertulios convertidos en espectadores; tan próximos además, que podía verles las caras y advertir sus gestos. Salió al proskenio con sonriente desgarbo, con paso harto precipitado para la prosopopeya que tales ocasiones piden. Llegado que hubo ante la concha sin apuntador, se encogió de hombros bonachonamente penetrado de la inanidad de aquella velada. El desplanchado de los pantalones se los acortaba con exceso.

Se acomodó los lentes, tomándolos de las pinzas con dos dedos, aunque sin llegar a contemplarlos antes de volvérselos a poner, como hacía despaciosamente cuando estaba en el Ateneo, repantigado en una butaca de mimbre al pie de la escalera y en un corro amigo.

Puesto a sacarle faltas, discrepé del coro de alabanzas, con señalar la desproporción evidente entre su corpulencia y su voz, si no tan aguda que fuese ridícula, un sí es no es inadecuada a la gravedad de su presencia. Ciertamente que la vivacidad de maneras y la rapidez de la elocuencia discursiva, denotaba cumplidamente la realidad de su juventud, un tanto maltrecha por su descuidada propensión a la gordura y la calvicie.

Sus palabras fluían encadenadas con rigor lógico, eminentemente persuasivo el discurso, expresado en el vocablo justo, concreto, y por lo tanto, alto, sonoro y significativo, es decir, noble, entonado y preciso. Ni la noche ni la ocasión daban lugar a la grandilocuencia. No me creí obligado, ni mucho menos me rendí a una cortesía exagerada en el elogio.



Manuel Azaña en 1914.

Mis aficiones literarias y teatrales me llevaron principalmente a tertulias juveniles. Empecé a frecuentar alguna otra fuera de las ateneístas; pero del Ateneo se desplazaba la que solíamos tener a última hora de la noche, a la salida de los teatros,



Fachada y terraza de la Granja el Henar, en el número 40 de la calle Alcalá de Madrid.

unos cuantos consecuentes noctámbulos. Sin categoría de tal peña de café, fuimos reuniéndonos alrededor de una mesa de la Granja El Henar en la calle de Alcalá con el nuevo secretario del Ateneo, hasta seis u ocho contertulios, sin otro propósito, repito, que el de seguir charlando, por si lo hacíamos poco durante el día. Pronto el número de los asiduos, con tal cual añadido esporádico, se redujo a Enrique Amado, excelente muchacho gallego, escritor malogrado pocos años después por atroz parálisis general; Juan Serrano, ingeniero de Caminos; Juanito

Lafora, que justificaba el pingüe negocio de antigüedades de su padre con la dedicación universitaria a la carrera de Letras, en la sección de Historia; y Ángelito Tomás Cuesta, hijo de adinerado comerciante en telas, que erraba vago con mentida vocación consular, rehuendo la continuidad familiar de su tienda, a la que volvió al cabo de los años. Pedro Salinas trasnochaba menos. Otro compañero de Juan Serrano que de muy poco antes había terminado la carrera al cabo de dilatados cursos, Antonio García Herreros, conocido entre nosotros por Tanino, competía conmigo y con el propio secretario en no acostarse nunca temprano. El secretario se dolía alguna vez, sin demasiada queja, de la sujeción que significaba el tener que acudir todas las mañanas a su oficina de la Dirección General de los Registros en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Aquellas tertulias del Henar, más descuidadas aún que las del Ateneo, no tenían la menor pretensión política ni literaria. Bromeábamos sobre todo lo humano y lo divino y no rendíamos acatamiento a ningún prestigio por reconocido que fuese.

Tampoco presumíamos de iconoclastas; pero mal podíamos acatar ni reconocer presidencia o jefatura de partido ni grupo, cuando nuestra amistad al secretario del Ateneo —pongo por ejemplo más significativo entonces y no digamos después— se cifraba en su desinterés de toda comandancia ni maestría. Y aun de cualquier propósito ulterior.

Nadie había pensado hasta entonces que el nuevo secretario estuviera haciendo en el salón de sesiones de la Casa inconscientes pruebas oratorias y de aptitud polémica, con la mira puesta en un acta de diputado⁶.

El nuevo secretario, a primera vista un tanto adusto⁷, tenía fama de mal genio, por la violencia de sus réplicas y la inflexibilidad con que había cortado los abusos corruptores de la administración de la Casa. Es verdad que ganaba a todos sus contertulios en el desdén de la general pedantería de que abominábamos. No se daba aire doctoral; no hablaba ex cátedra. Lo hacía, eso sí, como quien, desengañado de alborotadas ilusiones juveniles, solo quiere que le dejen en paz, con libros que leer y amigos con quienes conversar.

—¡Qué feliz era yo —gustaba decir burla burlando— cuando no me trataba más que con profesores y con putas!

La claridad y precisión de su castellano naturalmente regado de savia popular y pasado, a través de un casticismo inconfundible, por la universidad y los clásicos de su biblioteca, prestaban a su charla un agrado excelente.

Connigo alardeaba de viejo. Le hacía gracia el desparpajo con que, apenas me lo eché a la cara, me sustraje al respeto que había sabido infundir en torno suyo. Otro ateneísta, inconsecuente discípulo del doctor Simarro, Fernando Durán, le

⁶ Compárese con lo que dice Azaña el 31 de mayo de 1932: «Lo que realmente aprendí yo en el Ateneo, por el forzoso ejercicio, fue la polémica, cuando en 1912 me eligieron secretario». (*Memorias*, I, p. 485.) Y: «Este ejercicio de polemista y el hábito de enténdermelas con una muchedumbre (que vota) es lo que yo he sacado del Ateneo y que me sirve en la política».

⁷ A propósito de esta impresión «a primera vista» escribe Azaña en 1927: «Fernández Almagro escribe de mi libro en *La Gaceta Literaria*. Dice que “encumbrado y difícil” en el trato personal. Es creíble que yo produzca esa impresión. Pero estoy seguro de que no se la produzco a todos. No se la produzco a los que me tratan íntimamente, ni a los que me tratan superficialmente; lo más penoso es la zona media de la amistad. Nadie se complace tanto como yo en la amistad verdadera, ni se abandona a ella tanto como yo me abandono. Pero es superior a mis fuerzas, a mi gusto, y contrario a mi razón admitir a cualquiera que frecuenta el mismo café a un trato confidencial» (*O.C.*, II, p. 1.043, nota de 15 de junio 1927).

había puesto de mote el Coronel, exagerando con amistosa broma el autoritarismo que sus adversarios le achacaban.

A mediados de aquel verano estalló la guerra de Austria-Hungría contra Serbia, degenerada luego en conflagración europea. Dividida la España neutral en dos opiniones reñidísimas, el secretario del Ateneo pasó luego a ser en la Casa la cabeza visible del bando francófilo.

Para nosotros la causa de los aliados contra los Imperios centrales estaba eminentemente representada por la República francesa.

II. Su pueblo y su Campo Laudable

CONTINUANDO, sin embargo, al curso siguiente, las conferencias propiamente literarias, peculiares de una de las actividades más destacadas de sus socios, organizó la Sección de Literatura del Ateneo una serie, semejante hasta cierto punto a la colección de «Los españoles pintados por sí mismos», tan graciosamente intentada en el pasado siglo por unos cuantos escritores y artistas. Se trataba ahora no de caracterizar típicamente a los individuos por regiones o por profesiones u oficios, sino los pueblos y ciudades de España, con su paisaje, su ambiente, su sello moral; su vida en fin. A no pocos causó cierta sorpresa que el secretario tomase sobre sí la tarea de evocar, en una de aquellas lecturas, el panorama espiritual de Alcalá de Henares, su pueblo.

Puesto que el secretario, que se supiera, no había hecho versos ni publicado por los albores del siglo crónicas ni ensayos literarios en el estilo de Azorín, pongo por más estragado ejemplo de imitaciones provincianas, concurrido a certámenes ni colaborado en *Los Lunes del Imparcial* o en las revistas editadas por Villaespesa y Martínez Sierra, no digamos ya en *La Lectura* de Acebal, dicho se estaba que no podía considerarse el anuncio de su conferencia sino como halago de los organiza-

dores al prestigio de su nombre dentro del Ateneo y en atención a los méritos puramente administrativos que le concedían quienes le regateaban tantos otros.

La conferencia fue un dechado de bien decir. La leyó como cumplía a la situación y al tema, y a oídos de los oyentes se concertó en armoniosa arquitectura de palabras, la evocación de las piedras insignes que son el Campo Laudable, hito ilustrísimo de la historia española desde que Roma fundó Compluto a orillas del Henares.

No mero paseo arqueológico, relación de monumentos, cotejo de fechas ni panegírico de Cervantes, no; lo que hizo el secretario aquella tarde fue la descripción lírica de un escenario autobiográfico, es decir, la expresión emotiva del paisaje en que de niño se había asomado al mundo.

Su lirismo no propendía al exceso romántico ni, mucho menos, a la degeneración sentimental en que se han corrompido, con la decadencia del gusto, tantas virtudes del castellano. Y al decir tal, no me paro en el lenguaje; cuento con el hombre que lo habla y, sobre todo, que lo escribe. La gracia, en el justo sentido de la palabra, de su pluma, no se derramaba *ex-abundantia cordis*, se mostraba recatadamente, concisa en conceptos claros, templada en densidad por la ternura de un matiz, la suavidad de una veladura.

Llegaba yo a él entre los grupos de entusiastas que se habían acercado a felicitarle al terminar la conferencia, cuando nuestro común amigo don Francisco A. de Icaza, el mexicano ilustre avecindado en Madrid de tantos años atrás, estrechaba su mano exaltando la sorpresa propia con el ahínco peculiar de su acento nativo:

—¡Pero qué callado se lo tenía! ¡Si es usted un *literataso*...!

Él agradecía, con una sonrisa suficiente, ponderaciones y alabanzas.

—Y usted... ¿no me dice nada? —me espetó el conferenciante.

—A mí, la verdad, no me ha sorprendido.

Andando el tiempo y con ocasión de otras seguridades previas de mi atención literaria hacia él, fundadas en el recuerdo de aquella primera conferencia, volvió a inquirir de mi sinceridad la razón del sincerísimo acento con que le respondí entonces. ¿Por qué no me había sorprendido, no ya el éxito, la calidad de semejante ensayo?

No me lo supe explicar nunca. No me sorprendió que los demás descubrieran lo que yo sabía.

Mi emoción de aquella tarde, enteramente ingenua, me reveló además la realidad de su ánimo de una simpatía indudable con el mío hipersensible. A través de las bromas de los pasillos del Ateneo y de la mesa del café, de las conversaciones fútiles a base de chismes y cuentos y chistes sin trascendencia, me había parecido entrever en el fondo de aquel hombre terrible, desencantado de ilusiones triviales y ascéticamente ajeno a toda ambición, una sensibilidad pareja de la mía, tan recientemente huérfana del amigo dilecto de mi primera juventud⁸.

—¿Qué es lo que más le ha gustado a usted?
—insistió en seguir preguntándome.

—Lo del Campo Laudable —respondí sin vacilar.

Hay palabras cuyo poder de evocación supera cualquier desarrollo discursivo. Palabras evocadoras en sí mismas. Por mucho color, mezclado de sabiduría histórica y naturaleza rústica de Alcalá, nunca llegará el secretario del Ateneo al corazón, al sentimiento del paisaje en que se asienta aquel archivo insigne del caudal patrio, como con repetir no más el nombre augusto de tal solera romana: el Campo Laudable.

Así se llama, en efecto, la tierra llana, a las afueras de su pueblo ilustre, en que el secretario del Ateneo vivió, niño inconsciente, y de que tomó conciencia plena más tarde, a la luz cristalina de las mañanas primaverales, a los oros del poniente otoñal, en los lúcidos mediodías invernales y al herviente rescoldo del verano. «Elegía del Campo Laudable» era uno de los títulos propuestos a su imaginación por el sentimiento de aquel verdor de la tierra antigua, horacianamente nombrada por los siglos⁹.



Casa natal de Manuel Azaña en el número 3 de la calle de la Imagen, en Alcalá de Henares.

⁸ El poeta Fernando Fortún, muerto a los 24 años en 1914.

⁹ El texto de la conferencia sobre Alcalá de Henares no se ha conservado, pero este título perdura todavía al describir su ciudad natal cuando la visita en plena guerra, el 17 de noviembre de 1937: «¡Guerra y revolución en Alcalá! Increíble. El mundo se desquicia. Ya sé: el artista padece más que nadie. ¡Fuego de Dios en el querer bien! Elegía del Campo Laudable». Manuel Azaña, *Memorias*, II, Editorial Crítica, p. 376.

—El Campo Laudable. Así se llama —me repetía, como queriendo disculparse de toda vanagloria en aquella invención poética, florecida de una cultura recia y exquisita.

Nos prometimos ir juntos a la vecina Alcalá de Henares que, con ser madrileño, yo no conocía. Tardamos en cumplir nuestro deseo. Él hacía mucho tiempo que solo de tarde en tarde asomaba por su pueblo, para visitar a su hermana¹⁰, casada allí y que vivía en la casa familiar.



Alcalá de Henares a principios del siglo xx. A la derecha, la plaza de Cervantes.

Por descontado que en su pueblo no era profeta. Me refería por entonces, riéndose de buena gana, cómo muy poco antes, habiéndole encontrado en la calle una de las veces que por allí fue, cierto antiguo conocido le preguntó de la manera más natural: «Tú, ¿acabaste ya la carrera, no?». Era Doctor en Derecho a los veinte años, doce o trece antes de la ocasión de tal pregunta.

No, no lo tenían en gran aprecio sus conciudadanos. Ignoraban cuanto de sus aptitudes y cualidades le hubieran hecho siempre acreedor a la estimación, privada cuando menos de quienes tenían motivos para conocerle.

Apenas si, por los días en que lo conocí, conservaba entre sus paisanos dos amigos, rústicamente socarrón el uno, con cierta pretensión de señoritismo pueblerino el otro, los dos archiveros allí y ambos particularmente estimados por la bené-

¹⁰ Doña Josefa Azaña y su marido don Ramón Laguardia.

vola consideración del secretario del Ateneo. A Vicario, sobre todo, que así se llamaba el más viejo, y que lo parecía más que él, aunque fuesen aproximadamente de una edad, le quería de veras, como recuerdo vivo de aquella su mocedad alcalaína, de que abominaba¹¹.

Abominaba de la incuria, la desidia, el abandono en que dejan perecer su ciudad «los hijos de Alcalá», nombre de que se llenan la boca sus naturales, la cual él parodiaba, lastimero de la jactanciosa contemplación de la ruina de tan decantadas grandezas. Le dolía el menoscabo de una cultura arrasada por el ruralismo rancio del paleta en que ha degenerado el nativo de la ciudad; por las espuelas de la advenediza soldadesca de caballería entrechocando sus ecos bajo los soportales de la plaza; por el quiero y no puedo social de los oficiales y sus militares; por la atroz vecindad de la Galera o Presidio de mujeres. Apenas sí del cementerio de vivos en que se entierra la fama que ilustra su antigüedad, se salvaban de sus sarcasmos elegíacos las pobres Bernardas y los exhaustos Filipenses, cuyos conventos, entre tantos como pueblan cerrados muros las calles estremecidas al rumor de los pasos solitarios, alimentaban un soplo de simpatía en el disgusto de su ánimo patrio.

Echaba de menos el señorío de unas cuantas casas arruinadas y en manos de riatillos de repente o de ricachos, igualmente desatendidos, por ignorantes, de cuanto constituye la prestancia de la riqueza y el prestigio del bienestar, la seguridad de la holgura y el noble goce de vivir. Contemplando en los demás la ruina de su familia, tenía razón sobrada que dar a su pensamiento melancólico¹².



Los hermanos Azaña Díaz: Carlos, Manuel, Gregorio y Josefina.

¹¹ Escribe Azaña en su diario el 2 de diciembre de 1912: «Estuve un día en Alcalá y ya no he vuelto; ninguna gana tengo de aportar por allí; aquello, además de empequeñecerle a uno, me entristece; *et pour cause!* La energía y el tiempo (¡el precioso e irremplazable tiempo!) que yo he malgastado allí me pesará toda mi vida». Manuel Azaña, *O.C.*, I, p. 744.

¹² Escribe Azaña a Vicario en 1914 o 1916: «No te choque mi ausencia de ese pueblo, porque si no se está bien en esta villa del adoquín y del tranvía, peor me encuentre en ese sepulcro...». (*O.C.*, I, p. 849. Otras anotaciones

Por no rendirse a la triste contemplación de un ayer derrumbado en el tiempo, aunque queden los vestigios de su grandeza, por no hipotecar en el vano empeño de una supervivencia engañosa la propia libertad, acomodó en Madrid su juventud independiente y rehusó de por vida la lánguida estancia en su Alcalá.



La familia de Manuel Azaña: el padre, Esteban (de izquierda a derecha), su hermano Gregorio, su tío Félix Díaz Gallo, su madre Josefa con su hermana Josefina en brazos, y él mismo.

Cuando se cumplió la visita que nos habíamos prometido, estaba yo al cabo de los pormenores más importantes de la vida anterior de mi amigo. Me los iba refiriendo según venía a cuento, a medida que la oportunidad del recuerdo, o la incidencia de un suceso traían a colación otros de que había sido protagonista, en más o menos compañía familiar y amistosa, o simple espectador, curioso siempre. Vine así a saber que, nacido el año 80¹³, tenía a la sazón menos de los que aparentaba a primera vista y once más que yo.

De muy niño y en poquísimo tiempo había perdido padre y madre¹⁴. Confiado a la tutela de su abuela paterna, se graduó de bachillerato a los trece años, pasando luego por propio deseo al Colegio de María Cristina, vulgo Universidad de El Escorial. Se licenció en Derecho en la de Zaragoza¹⁵. Asistió después en la Central a las clases de doctorado, de que se

sobre el mismo tema: En 1920: «En Alcalá, lunes de Pascua, para ver a la familia. ¡Qué tristeza...!». (*O.C.*, II, p. 1.025); el 2 de julio de 1931: «Carretera adelante, llegamos a Alcalá [...]. El silencio inquietante, el olvido, una incitación y una tristeza despavorida». (*Memorias*, I, p. 9, Editorial Crítica); y el 22 de mayo de 1933: «En el camino de Alcalá descargó una tormenta furiosa; llovía a mares. Estuvimos en la casa de la calle de la Imagen, que está desbaratada e inhabitable. Tristeza [...]. He comprobado una vez más que vuelvo siempre de Alcalá con los humores revueltos, sobre todo si me asomo a la casa triste». (*Memorias*, I, p. 655-656, Editorial Crítica)

¹³ El 10 de enero de 1880.

¹⁴ Don Esteban Azaña Catarineu y doña Josefa Díaz Gallo.

¹⁵ Escribe Azaña a José María Vicario el 27 de mayo de 1898, desde Zaragoza: «Ayer en efecto, aprobé la última asignatura de la carrera, y con un Sobresaliente, un Notable y tres Buenos, o como si dijéramos, con uno de pecho, dos en redondo y tres naturales, he *arrematado* mi desatentada carrera». (*O.C.*, I, pp. 815).

tituló en 1900. Particularmente a la de don Francisco Giner¹⁶. Se dio de lleno entonces a la vida fácil, que su acomodada situación familiar le permitía, bien que asistiera en calidad de pasante en el famoso despacho de Díaz Cobeña, abogado el más notable del foro español en su tiempo¹⁷. Tuvo más tarde veleidades de agricultor y labrando su hacienda por cuenta propia, a costa del bolsillo¹⁸. Después, su hermano mayor¹⁹, que tampoco lo era tanto, comprometió casi toda la fortuna familiar en una fábrica de luz eléctrica. La sañuda indiferencia con que las gentes vieron e incluso procuraron estúpidamente la ruina de aquella empresa, contribuyó no poco al desdén que el secretario del Ateneo sentía por sus ingratos paisanos, trabajados en aquella cuestión, como en tantas otras más extensas y profundas en el ámbito nacional, por una pasión característica de su decadencia: la envidia. Orgulloso sin vanidad, compensó con su hermano a la hermana, que por mujer y más pequeña tenían en mucho, cediéndole la propiedad de la casa grande de la calle de la Imagen y la buena huerta, orilla del río, que resumía, con un buen pasar aún, la heredada fortuna. Como el mayor se dedicara a la carrera judicial, abogado que era también y de mucho entendimiento en opinión de su hermano, prefirió él opositar en Madrid a la Dirección de los Registros y Notariado. Cuando nos conocimos había ascendido a jefe de Negociado y aunque era muy competente y cumplidor en su oficina, el hombre menos burocrático del mundo.



Manuel Azaña, al acabar el bachillerato.

¹⁶ Escribe Azaña el 19 de febrero de 1915, con motivo de la muerte de don Francisco Giner: «Este hombre extraordinario fue el primero que ejerció sobre mí un influjo saludable y hondo; con solo asistir a su clase *de oyente (de gorra)*, decía él, con gracia) comenzaron a removerse y cuartearse los posos que la rutina mental en que me criaron iba dejando en mí [...]. Giner no me enseñó nada, si por en enseñar se entiende hacerle a uno deglutir nociones fabricadas por otro. Pero el espectáculo de su razón en perpetuo ejercicio de análisis fue para mí un espectáculo nuevo, un estímulo. Me di cuenta del progreso conseguido mucho tiempo después, cuando ya no asistí a su curso, y me vi con nuevos hábitos que solo de él podían venir [...]. La obra de Giner es tan considerable que hoy, cuanto existe en España de pulcritud moral lo ha creado él». (*O.C.*, I, p. 751).

¹⁷ «Al bufete de Cobeña me llevó, apenas concluí la carrera, mi tío Félix, que había sido compañero de Cobeña en casa de un abogado famoso en su tiempo, don Luis Díaz Pérez». (*Memorias*, I, p. 306, Editorial Crítica).

¹⁸ Manuel Azaña se dio de alta en el Colegio de Abogados de Madrid con fecha 14 de octubre de 1901.

¹⁹ Hay alusiones a esta actividad en la carta a Vicario del 14 de noviembre de 1911 en *O.C.*, I, p. 839. Don Gregorio Azaña Díaz.

Fui a verlo, pues, a Alcalá, mediado el tercer verano de la guerra europea que diputábamos última.

A la vuelta de una excursión que hicimos juntos al Norte de España, se retiró unos días a la casa de la calle de la Imagen, rememorando antiguas vacaciones que no podía revivir. Me escribía aburrido hasta la desolación, con la pesadumbre del agobio estival, aliviada en el despacho sombrío que su hermana le conservaba en la planta baja. Y sin más vagar, para descanso de sus lecturas, que el paseo por las tardes con sus dos amigos, añoraba al anochecer afueras del pueblo, respirando el cálido vaho de la mies trillada en las parvas y del bálago acabado de segar, las horas de abandono, de diez y quince años atrás, bajo el mismo candil rutilante del primer lucero. Tenía, por aquellos tiempos de mi visita, la durmiente Alcalá cierta animación, extraña a la vida normal, de sus vecinos y forasteros estables, rara vez interrumpida por el viajante de comercio o el turista de paso. Era ocasión de aquella anomalía la presencia de un grupo numeroso de alemanes, refugiados de la colonia del Camerún en nuestras posesiones de Guinea al principio de la guerra e internados luego en España con residencia fija. Semejante injerto en la existencia, más que plácida soporífera, de la antigua sede universitaria, desvirtuaba su quietud y su silencio con una punta de desasosiego en el ánimo de la ciudad.

Con él recorrí las calles vetustas, me asomé al Archivo y la Universidad, a Santa María y San Justo, reliquia de una grandeza auténtica; contemplé la pila en que cristianaron a Cervantes y el sepulcro de Cisneros, monumento digno de la memoria que conmemora evidentemente, hasta hollarlo una bomba fratricida veinte años más tarde de nuestra contemplación.

Dos cosas indelebles de mi primera visita a Alcalá son una plaza con árboles, donde me dijo que siendo muy niño se iba él solo «a estar triste», y el paseo nocturno por El Chorrillo, donde su padre, en ocasión en que fue alcalde, hizo un parque urbano. Quedaban de la antigua arboleda que bordeaba el parque, hasta la vía del tren, algunos viejos ejemplares que la barbarie incivil de sus paisanos sustituía por vulgares acacias de bola. Las acacias de bola compartían con las palmeras enanas la enemiga declarada del secretario del Ateneo. El roble y la encina, el castaño, el chopo, el álamo y el negrillo se repartían, con el sauce, una dilección de su gusto, en que el ciprés era señor.



Postal de Hauser y Menet (hacia 1910), con la calle Mayor de Alcalá de Henares y el Hospital de Antezana.

Corrimos aquella misma tarde, apenas yo llegado, los soportales de la calle Mayor y la Plaza; nos sentamos a la puerta de la confitería de Salinas, deambulamos por vías desiertas. Y aquí, el lugar donde la escuela a que fue párvulo y que decía subsistente hasta pocos años antes, recuerdo de aquel primer día escolar de su vida en que no hubo modo de sacarle de bajo el pupitre de su hermano; y allí la reja tras la cual vivían dos hermanas solteras, alimento platónico una de ellas de su más lejano amorío infantil. Más allá, otra ventana baja, con memoria más reciente de su intrepidez de mozo corrido, cómplice el sereno y, ni qué decir tiene, la enamorada que fácilmente le daba paso al amparo de la nocturnidad.



Caja de latón con dulces de la alcalaína confitería Salinas.

Después de cenar en mi hospedaje, salimos al Chorrillo invadido de sombras gratas, que lo eran para él del pasado. En la noche de agosto, densamente estival, cantaban chicharras poblando el silencio, rasgado de cuando en cuándo por el grito de un tren.



El paseo y fuente del Chorrillo hacia 1910.

Y me contó con un punto de sentimentalismo en la ironía, que siendo muy pequeño, que apenas andaba, le aquejó no sabía bien qué enfermedad, y, lleno de granos en las piernas, estuvo impedido en un cochecillo. El día de los Santos Niños, su madre, al volver de misa, se lo encontró corriendo como si tal cosa:

—Ya ves. Pero ¡qué quieres! Como me faltó luego mi madre, no me río de aquello.

Sí se reía, en cambio, del conflicto para familiares y vecinos, cuando había que darle una purga. Tales eran las rabietas y el sofoco que tomaba, invalidando las medicinas si por fin le forzaban a engullirlas.

La sensación de orfandad se le había agravado con los años. Recatadísimo en cosas afectas al sentimentalismo familiar, tardó mucho en decirme que su propia abuela, agonizante su padre en la recaída de la gripe epidémica del 85, le casó con una señorita, ya nada joven, con quien nada había tenido que ver, pese a tales apariencias de necesidad. Necesario lo creyó su abuela, ante el desamparo que se cernía sobre sus nietos. La novia de ocasión tan triste atendía, no más, a su propio cuidado. Cuando andando el tiempo me contó el caso, me refirió, por lo que había oído a su vez, que su tío Félix, hermano de su madre, dio por nulo, al enterarse,

—No pueden ser chicharras —me decía riéndose—; las chicharras revientan todas el día de Santiago. Como eres un señorito de ciudad no lo sabes. Yo lo sé porque soy de pueblo.

De pronto la voz se enternecía al conjuro de un recuerdo. No sé cómo fue el sacar yo a relucir los Santos Niños patronos de Alcalá de que me había hablado al pasar junto a su iglesia.

—Yo soy un testimonio de sus milagros.

aquel segundo matrimonio *in articulo mortis* y entabló «El Pleito» que duró muchos años, hasta transigirlo la desahuciada mujer mediante el pago de una pensión vitalicia.

Tenía verdadero afecto por su tío Félix, hombre cultivado y sensible de quien había heredado el sobrino no poco de su espíritu cáustico²⁰. Sus paisanos de Alcalá le merecían la opinión que delatan estos versos, caricatura del alcalaíno que cree a su pueblo el ombligo del mundo:

Nunca su imaginación
sale de Alcalá un momento
y dirá en Rusia ¡qué viento!
¡Este es del Pico Ocejón!

—Era aficionado a los relojes hasta la chifladura. Mis sobrinos, siendo niños, dieron fin de los últimos que quedaban de él todavía.

En la anotación de detalles tan insignificantes se advertía el afecto del secretario del Ateneo por su tío.

Al final del Chorrillo, fuera ya de la plazoleta que lo cierra, en pleno campo, por entonces en barbecho, había una casa apartada, y que me dijo ser una antigua venta, refugio famoso de ladrones cuando los había por aquellos montes de la Alcarria. Allí precisamente fue muerto a tiros de la Guardia Civil, en una emboscada, el último de una cuadrilla célebre. El Batanero, bandido comarcano, acudió más de una vez a la notaría de su abuelo y en cierta ocasión se permitió hacer un regalo a su hermano mayor²¹.

Recordaba mi amigo sus paseos de por la tarde, siendo él muy pequeño, con su abuelo²². Iban hasta la viña, para volverse a la hora en que pasaba el corto de Gua-

²⁰ Don Félix Díaz Gallo. Alguna colaboración suya se puede encontrar entre los artículos de *La Cuna de Cervantes*, semanario que empezó a publicarse en Alcalá de Henares en 1876. También hay noticia de algún escrito suyo político de la época de la restauración.

²¹ En su novela *Fresdeval* hay una clara alusión al episodio del Batanero. (Véase *O.C.*, VII, pp. 609-610).

²² Azaña recuerda estos paseos en su última visita a Alcalá en el año 37: «En la estación, una máquina, sola, suelta un chorrito de humo blanco, que el viento disipa. Puente de Torote. El moto de la legua, límite de los paseos con mi abuelo». (Ver *Memorias*, II, p. 375, del 17 de noviembre de 1937).

dalajara arrastrándose asmático, en lenta competencia con la mula ligera que tiraba de su coche.

El abuelo se divertía viéndole comer sano y glotón incluso repitiendo en su compañía alguna vez que iba a verlo después del almuerzo en la casa paterna.

—¿Qué te comías ahora? —preguntaba el viejo.

—¡La mula frita! —respondía el niño con seguridad.

Alternaba las memorias filiales con las consideraciones melancólicas y no sé qué vaga esperanza en nuestra amistad, que por no tener objeto preciso, ni más interés que el del mutuo descanso en su descuido daba ya su logro más cierto²³.

De madrugada me fui a acostar a mi alojamiento. Él estaba pesaroso en extremo de no haberme podido ofrecer habitación en su casa, aquejado el marido de su hermana de una de tantas crisis epilépticas como malograban crónicamente la felicidad de su matrimonio. Al otro día me hizo los honores de ella, con emocionada sencillez. Atravesamos, luego del zaguán, la espaciosa sala del piso bajo que presidía un retrato de su padre de inconfundible sello familiar, no tanto en la fisonomía, cuanto en la posición de la cabeza, algo envarada entre los hombros anchos, abierto el pecho y franca la expresión. De allí pasamos a su despacho, repleto de libros en gran estantería, con un grato olor de sombra de verano. Tuve, sin embargo, la impresión de un perfume remoto, que no podía percibir sino con los ojos de mi imaginación. Él me había hablado de una habitación, que identifiqué sin motivo con aquella, donde nunca podía entrar sin que le asaltara el prurito de un perfume angustioso: el de las flores en que yació muerto un niño de su hermano. Un segundo hermano había tenido él, muerto también en el primer albor de la adolescencia. Conservaba memoria entrañable de tal fraternidad incipiente. Muchos años después, dudando yo qué nombre poner a mi tercer hijo, me sugirió, sin atribuirle más intención:

—¿Por qué no le pones Carlos, que es nombre bonito? Carlos se llamaba mi hermano el que murió.

²³ Resulta interesante anotar lo que escribía Azaña en su *Diario* del 10 de enero de 1915, dos años y medio antes de lo que se cuenta en este capítulo: «Hoy cumpla 35. Atrás quedan los años más generosos. Siento que algo se me escapa. Cada vez me siento más solo. Los amigos van desapareciendo o se encastillan en sus intereses. De día en día trato más gente, pero amigos nuevos, no. Ni me interesan ni nos entendemos. Pero esta soledad interior y este despego de las cosas, ¿son buenos? Ponen a prueba la serenidad para afrontar el declinar de la vida». (*O.C.*, I, p. 747).

Comimos en el casino, estampa provinciana de guarnición en asueto, fuimos a la huerta y apenas nos asomamos a ella cuando el mal humor por el descuido que advertía en la posesión de que participó en tiempos mejores, nos llevó de allí.

Nos alargamos luego en coche con sus dos amigos, a comer unos melones exquisitos en el melonar mismo, «como se debe», e hizo gala una vez más del buen diente que aún le quedaba de cuando mozo, que «no se le ponía nada por delante». «Estos jóvenes pálidos que no beben vino», me decía parodiando a Shakespeare y exagerando en broma mi comedimiento.

Viendo los cerros que coronan Alcalá, dominando la antigua Compluto y la beatitud de su Campo Laudable, recordaba sus andanzas de cazador «cuando era un señorito» y tenía con otros amigos arrendado un monte al marqués de Ibarra.

Al despedirme en la estación me dejó con la Mantoncito, preciosa chulilla que había sido, luego de modelo, madre de las hijas de un pintor afamado, con quien estaba reñida. Iba muy aseñoritada y nunca ya tan guapa como con un pañuelo madrileño de crespón a que debía el remoquete por que la conocíamos. Estaba en relaciones, para casarse, a cuanto decía, con uno de los alemanes confinados en Alcalá. Claro que no se casó con él, afortunadamente. Más de una y más de dos desesperadas del pueblo, hicieron bodas con aquellos advenedizos que si las vieron y algo más, no se acordaron de la obligación contraída cuando, al cabo de la guerra, se reintegraron a su país.

En el andén de la estación y asomado yo a la ventanilla del tren que me regresaba a Madrid, se me acercó un primo mío²⁴, joven teniente de caballería, que del pueblo



En Alcalá, en 1897, junto a los compañeros de redacción de *Brisas del Henares*.

²⁴ Don José Sanz de Diego.

de mi abuelo, en la provincia de Valladolid, donde nos tratamos de niños en mis vacaciones veraniegas, se había trasladado a Alcalá con su familia. Su hermano mayor era cura y, capellán de la Prisión de Mujeres, empezaba a gozar de cierta fama local como predicador y aun de místico exaltado, ajeno a las vanidades mundanas de gran parte del clero, en las capitales sobre todo. El secretario del Ateneo apenas si, por otras referencias familiares o amistosas, tenía noticias de aquellos parientes míos.

Aprovechando que mi amigo se apartaba a saludar a no sé quién, mi primo el teniente me dijo en tono de protectora reconvención:

—No me gusta verte en esa compañía...

Como yo hiciera un gesto que no dejaba lugar a dudas respecto a mi decisión de no consentirle que siguiera, insistió no más con esta insinuación:

—Su familia es muy buena; pero él...

III. Consuelos y renunciaciones

LA OPINIÓN DE MI PRIMO no podía influir en la mía ni en mi humor. Hecho a despreciar el parecer de los demás siempre que contradecía mi manera de pensar, no se me alcanzaba todavía cuánta podía ser la influencia de la animadversión sin causa. Muchos años he tardado en comprobar, a mi costa, la eficacia de una mala voluntad.

No puedo decir ahora que la que ya se manifestaba entonces en contra del secretario del Ateneo sea inexplicable. Entonces no me la explicaba sino por los celos, naturalmente humanos, que despierta siempre el espectáculo de una inteligencia superior. Las personas dotadas de aptitudes que exceden la mediocridad experimentan más o menos a su alrededor esa pasión celosa que las desfavorece y denigra cuanto, por otra parte, contribuye a enaltecerlas.

Después, en el curso de la vida de mi amigo, que el azar precipitó para la gran masa de españoles que le conocieron a la luz pública, pude convencerme de la consecuente razón histórica de aquella malevolencia insignificante. La significación que cobró después —de mito político encarnado en su nombre y su persona— vino a justificar la representación social que, sin saberlo en aquella ocasión y a concien-

cia andando el tiempo, personificaba, a su vez, mi primo el teniente de caballería en su anónima vulgaridad.

No creo que comentáramos, al volver a vernos en Madrid a la entrada del otoño siguiente, aquellas palabras ociosas. Sí recuerdo en cambio, que hicimos conversación de mi compañera de viaje, la Mantoncito. Su agraciada guapeza, su simpatía popular, a pesar del sombrerillo y el aire señoril que aquella modelo de un pintor conocido había tomado, le traían un recuerdo de su juventud en que se complacía muchas veces, por alusiones más que por confidencias declaradas. Tampoco puedo precisar el día ni la hora en que yendo vagamente por Recoletos nos encontramos casi de manos a boca con una mujer si poco notable a primera vista, desde luego graciosa y aunque no ya una chiquilla, muy apetecible todavía.

Habíamos pasado los unos de la otra, cuando volviendo él y ella la cabeza al mismo tiempo con indudable impulso curioso se decidieron a saludarse:

—¡Chico, pero qué gordo estás!

—¿Me encuentras muy viejo? —le respondió él sonriente en los ojos, tras los cristales, una nube de añoranza picaresca—. ¡Tú estás igual que siempre!...

—¡Pues ya tengo mis años! A ti no te los puedo ocultar.

—¿Y tu padre?

—¡Chico, lo mismo! A ese sí que no le parte un rayo.

Se les acabó la conversación en seguida. No sabían qué decirse. Ella me miraba de soslayo y al no reconocirme por amigo común, se atrincheraba en una reserva indiferente:

—Bueno, me voy. ¡A ver si se te ve, hombre!

—Lláname cuando quieras.

—Pues sí que te llamaré.

—¡A que no!

—Que sí, hombre, que sí. ¡Hay que ver qué gordo que te has puesto! ¿Te llamo al Ateneo?

—O a mi casa. ¿No sabes dónde vivo?

Le dio sus señas.

Cuando se despidió, me dijo recobrando su flema:

—No me llama. ¡Qué me va a llamar!

—Llámalas tú a ellas —le contesté, seguro de halagar su deseo momentáneo.

—¡Vamos, hombre! —protestó.

Comprendí que el momento había pasado fugacísimo.

—Bueno. Ya conoces a Consuelito —concluyó.

—Me lo había figurado, pero es muy joven —seguí—. Por lo que tú me habías dicho, creí que se trataba de una *jamona*.

—Ya tendrá treinta años. Está estropeadísima. Cuando la conocí tenía dieciséis. Entonces se la podía mirar. Y era muy lista. Ha hecho más carrera que yo. *Está* de duquesa morganática, como quien dice.

Había conocido mi amigo a Consuelito, como cumplía a la moda de principios de siglo, en un baile de máscaras. La frecuentó al principio en la casa de las llamadas de «mal vivir», donde estaba de pupila.

Se reía gozoso acordándose de una noche en que, según estaba con ella, oyó cómo llegaban dos amigos ateneístas que presumían de corridos, preguntando por Consuelito a la encargada.

Consuelito le demostraba cierta predilección, en correspondencia al capricho con que la distinguía. Él vivía de huésped en una pensión; pero acabó poniéndole piso y yéndose a vivir los dos en una calleja céntrica, de la Plaza del Callao a la de Santo Domingo. Un día se presentó a verlo no sé qué amigo oficioso de Alcalá, en ocasión en que él no estaba, y Consuelito, con desparpajo y listeza naturales, lo recibió tan cumplidamente que se fue al pueblo haciéndose lenguas. Mi amigo se complacía en el recuerdo, arregostándose en su varonil protección a la mujer que le ofrecía su primer amor. De haberse propuesto vivir una novela de Galdós, nunca logran un tan cabal ejemplo de las mejores de don Benito.

Aunque Consuelito no era madrileña sino de Segovia, se había hecho a la Corte y Villa con bonísima gracia. Disfrutaba él con tenerla regalada y contenta. Poco amigo de francachelas, no compartía su situación con otro amigo de quien lo era, por ascendencia alcalaína, también de mucho tiempo atrás, a la sazón de su tertulia del Ateneo, como él rico y despreocupado y por entonces con mayores pujos literarios de los que él demostraba. Años después, se fue a vivir en compañía de Joaquín Eugenio Creagh, que así se llamaba el amigo en cuestión. Con él vivía cuando yo la conocí.

Consuelito tenía un padre truhan y pintoresco que conllevaba con cierta dignidad la vida de su hija. Conservaba esta pocas amigas de su vergonzosa existencia anterior. Mujer casera y dispuesta como suelen ser en España las malamente llamadas de vida airada o simplemente «de la vida», no la ambicionaba acaso mejor.

La ruina familiar de él vino a dar al traste con aquel regalo y descuido de amantes tan poco dados a ningún exceso sentimental que no tuviera satisfacción completa en la sensualidad sin perversión. Él supo un mal día que no le quedaba un céntimo sano de la hacienda paterna. Echó cuentas y se aprestó a ganar unas oposiciones, que le dieran para vivir independiente. Quiso ante todo hacer liquidación del lujo amoroso que hasta entonces había podido pagar. Le planteó el caso a Consuelito. Tenían que separarse.

Al contar el lance se regodeaba en el recuerdo de Consuelo —cuantas veces no le había atribuido el que le daba con su alegre abandono— presentándosele, destocada de su sombrero adventicio, nuevamente envuelta en el madrileño mantón de flecos y en la mano un puñado de billetes producto de los empeños y ventas de su ajuar con que pretendía remediar el motivo de la separación. No sé bien hasta qué punto podía ser consciente Consuelito del remedo galdosiano que vivía.

Él resistió aquella tentación. Puede que en la renuncia de tantas facilidades dichosas, encarnadas en las gracias de su querida, pusiera el despego aparente con que engañaba la fuerza de un deseo irrealizable. Empleó entonces la voluntad en retraerla a una obligación tan concreta como inmediata. Se fue a pasar el verano a Alcalá y no consintió en que ella le llorara a cuenta del escrúpulo, exagerado a sus ojos, que los separaba. Es muy posible que el instinto de conservación le ayudara a desentenderse de una fidelidad que hubiera acabado acaso con su independencia personal y achabacano su vida.

Se encerró en casa y, atento no más al plazo perentorio de las oposiciones anunciadas para el ingreso en la Dirección de los Registros, difícilísimas por lo limitadas, se dedicó a prepararlas con ahínco.

Me contó el suceso, sin darle más importancia que la del papel que juega la memoria en toda suerte de educación.

—Eché la cuenta de los días que tenía por delante y de los temas que contestar con arreglo al programa publicado. Primero, con un montón de libros fui apuntando

cada respuesta precisa. Cuando tuve los apuntes hechos, me los aprendí de memoria, de manera que pudiese repetirlos maquinalmente. Si me ponía a discurrir, preocupado como estaba con mis cosas, podía írseme el santo al cielo. Llegué a saberme todos los temas, que eran tantos —y recordaba exactamente el número—, en cualquier orden, salteados, al azar de una bola, como había de ser el ejercicio oral, a capricho de una u otra pregunta. Desde luego, toda la ley hipotecaria.

Se reía al advertir mi sincero horror. No llevó recomendación alguna que le valiera. Obtuvo el número dos. No necesitó que los años le desengañaran de una vanidad burocrática que no había sentido. Fue, no obstante, funcionario capacísimo en el ejercicio de su empleo. No poco le daba que reír, cuando famoso, la ridícula leyenda que corrió por más de un periódico y en hablillas de la gente no siempre con intención maligna, de la modestia y humildad de sus servicios en la Administración Pública. No le parecía extraordinario su trabajo; pero lo estimaba en el justo valor facultativo que tiene entre las carreras más distinguidas del Estado. Le parecía, por lo demás, preferible para un intelectual puro, cuyo rendimiento científico o literario suele ser incompatible en España con la profesión libre de su ciencia o su arte, el atenerse a un sueldo oficial a someterse a la esclavitud del periodismo, por ejemplo, o a merced del gusto comercial del gran público.

A salto de mata de sus amoríos mercenarios como cualquier estudiante y purgada de sentimentalismo toda veleidad sensual, vivió poco tiempo en un entresuelo de la Plaza de Santa Ana, con otra mujer, después famosa también y de cierto tronío, que por entonces empezaba su carrera, antes de ser cupletista. Amigos los dos de bromas, y en modo alguno ajeno él a vanidades propias de la mocedad, recor-



Consuelo Portela, la Chelito, en una foto promocional de su número musical «La pulga».

daba con ingenua jactancia la ocasión en que la llevó vestida de hombre con un traje suyo a la cervecería en que se juntaba con unos amigos. Refería aquel suceso en demostración de su esbeltez y de por qué la admiración de Consuelito al verle tan opulento diez años más tarde. Esta otra Consuelo, que, cosa curiosa, también se llamaba así, aunque nunca se lo diera, le dejó un recuerdo menos sentimental, más doloroso y con él una experiencia que le curó de mayores espantos²⁵.

Aparentaba luego no conocerle, si al azar frecuente de la vida más reducida entonces que ahora, del «todo Madrid» se encontraron en el teatro, el café o el tranvía del barrio de Salamanca; cuando allí se mudó el ya secretario del Ateneo. La última vez que se vieron, ella tuvo que dar paso al presidente del Consejo, según salía cada cual de un palco del teatro en que tenía cierta consideración de empresaria consorte²⁶. Había pues desfogado a tiempo los excesos de una sensualidad saludable que se satisfacía cabalmente por todos los sentidos. No solo cuando le parecía que para dormir necesitaba indefectiblemente compañera, sino a las horas de comer, cosa que hacía con el mismo apetito infantil de cuando se hubiera comido «la mula frita».

A «excesos de la intemperancia» quiso atribuir un ligero infarto inguinal que me tuvo unos días en casa, a consecuencia de una rozadura en un pie y sin aparecer por el Ateneo, a los pocos meses de conocernos. Así me lo escribió con burlona prosopopeya interesándose por mi salud. Para corresponder a su atención fui por primera vez a su casa de la calle de Hermosilla, en compañía de Tonino García Herberos. Le hallamos en su despacho, sucintamente amueblado con una mesa, dos butacones de tapicería, y una librería con puertas de cristal esmerilado de color verde, tomándose un gran tazón de café con leche con pan y manteca abundante. Años nos

²⁵ Escribe Azaña en su *Diario* el 7 de enero de 1915: «Al salir de comer me encuentro con Consuelo. Un rato de palique. Hacía meses que no nos veíamos. Está mejor que la última vez que la vi. Su gracia de siempre, que me hace pensar *au temps jadis*. ¡Oh tiempo de emoción continua, dónde has ido...! Esta vida, por ser menos vida que aquella, tiene que ser peor. O tal vez me haga pensar así la vista de esta mujer singular, que tanto se me clavó y tantas tempestades levantó dentro de mí». (*O.C.*, I, p. 746). Y el 17 de febrero de 1915: «... a los bullicios de Carnaval iba unida, como a su marco obligado, la evocación de aquellos días tremendos en que por causa de C. sufrí yo la convulsión interior más grande de mi vida. Todavía estoy asombrado de aquella esclavitud mía, de las torpezas que cometí por mi ceguera, del desorden que puso en mi vida y del dolor, del inmenso dolor que me costó la ruptura». (*O.C.*, I, p. 750).

²⁶ Los datos y descripción que el autor aporta coinciden con los de Consuelo Portela «La Chelito» o «La Bella Chelito» (1885-1959), celebre cupletista de principios de siglo, en particular por sus sugerentes y picaonas puestas en escena, como el número «La pulga»; es conocido que fue empresaria del Teatro Muñoz Seca.

duró la broma con que le mortificamos por no haber insistido en darnos de merendar, como nos ofreció con leve cortesía.

Cuanto repetí, solo, la visita, le pedí que me leyera algo suyo.

—¡Si yo no he escrito nada! —me contestó atusándose el bigote, con sonrisa característica de quien, más allá del bien y del mal, desdén el escribir porque todo está ya dicho. Insistí. A mí no me engañaba. El autor de la conferencia sobre Alcalá en el Ateneo no era un novicio precisamente.

Acabó por sacar de la librería, haciendo como que no sabía a punto fijo dónde la tenía guardada, una carpeta. Y de ella un montón de cuartillas amarillentas ya, de un abandonado proyecto de novela.

—Léalas usted; pero aquí. ¡Si no valen la pena!

Las leí aquella misma tarde con tanta curiosidad como gusto. No me fue difícil convencerle de que era sincero en mi opinión.

—No sé. Ya ni me acuerdo. Me parece que era una cosa de aprendiz de Galdós —vino a decirme.

Mucho tenía de Galdós; principalmente por el escenario de un Madrid de diez años atrás, el de principios de siglo, que con tan juvenil desenfado había vivido. Y el sentido autobiográfico, el interés de la transposición subjetiva a la invención novelasca.

—¿Me quiere usted decir por qué no ha continuado esta novela ni ha seguido usted escribiendo? —le reproché afectuosamente.

Tampoco se hizo rogar demasiado para explicarme el caso²⁷. De la tertulia de «las fuerzas vivas» en que formaba, al extremo opuesto a la Cacharrería, y tras el biombo



La Cacharrería del Ateneo dibujada en 1897 por Alcázar para *La Ilustración Española y Americana*.

²⁷ Escribe Azaña el 15 de febrero de 1915: «Ahora que vuelvo al trabajo noto cuánto se han gastado mis recursos [...]. Todo el verano último estuve aplazando el comienzo de nuevos trabajos, hasta que me mudase. Y ahora, casi cada día tengo que librar una batalla para sentarme ante la mesa, coger la pluma y escribir. ¡Y eso que me causa una satisfacción sin límites ver terminada una cuartilla! [...]. Alguna vez he pensado de dónde ha podido venirme esta indecisión, que ahora pago a alto precio, ocupando una situación falsa. Estimo que fue debido, junto con la desconfianza natural originada por mi deseo sincero de acertar, a la falta de consejero o maestro

que la aislaba de otras peñas ateneístas menos exclusivas, tenía particular amistad con Guillermo Pedregal, hijo del exministro de la primera República, famoso por el «¿Quién es Pedregal?» con que recibió su nombramiento una opinión que pretendía, con malicia, desconocerlo. Era Guillermo Pedregal, a cuanto mi amigo me decía, hombre de gusto difícil, trabajado por buenas lecturas y un espíritu crítico sobremediano agudo, cualidad esta que distinguía al después secretario²⁸. Otro contertulio, no tan avisado, era Juan Uña, hijo también de un prohombre republicano muy amigo de mi abuelo, espejo de honestidad y virtuoso a la manera de la antigüedad clásica.

Juanito Uña, como le seguimos llamando sus conocidos hasta ya maduro en años, «prometía mucho» en la época a que me refiero, entre los predestinados por su educación en la Institución Libre de Enseñanza al cultivo más o menos práctico de la Sociología, ciencia que entonces «se llevaba», o por mejor decir se traía de las primeras pensiones en el extranjero.

Aunque mi nuevo amigo no tenía en tanto la opinión de este último como la de Pedregal, le había hecho indudable impresión la franqueza con que le aconsejó, después de leer aquellos dos primeros capítulos, que se dedicara a otra cosa que a escribir²⁹.

Protesté vehementemente contra semejante parecer pronunciándome contra el gusto, no solo apelable, sino muy discutible de Juan Uña y aun permitiéndome dudar de que las ponderaciones que de Guillermo Pedregal me hacía correspondieran a una verdad objetiva.

que me ilustrara sobre lo que verdaderamente prometían mis ensayos, al influjo esterilizante de aquella reunión o tertulia, que nosotros mismos llamábamos en son de burla “las fuerzas vivas”. El efecto último de aquella reunión era paralizar la iniciativa». (*O.C.*, I, p. 749).

²⁸ De Pedregal dice: «... era Guillermo Pedregal, la inteligencia, más poderosa más sagaz, más cultivada que he conocido [...]. Jamás hizo nada para el público. Pero yo disfruté de su amistad durante doce o trece años y supe apreciar lo que valía. Esta amistad se trabó por la atracción de su talento, porque era el hombre más reservado y retraído del mundo; había que asaltarle, molestarle. Puesto a discurrir en voz alta, maravillaba. Su palabra tenía una precisión absoluta, reflejo o molde de sus ideas, tan claras como bien ordenadas. Su pulcritud moral era tan perfecta como su cultura era vasta [...]. Le echo de menos todos los días a cada momento. Hubiera sido un gran maestro, y para mí era ya un ejemplo». (*O.C.*, I, p. 749 del 15 de febrero de 1915).

²⁹ Escribe Azaña el 17 de junio de 1927, recordando este episodio: «Recuerdo que hacia 1904 escribí yo una novela y se la di a leer a Guillermo Pedregal. Su reserva habitual no le permitió hablarme detalladamente de mi obra; a fuerza de instancias para conocer su opinión me dijo: “Si sigue usted trabajando, llegará a ser un gran escritor”. (El caso es que no he trabajado.) Guillermo, sin contar conmigo, prestó el manuscrito a Uña, que me encontró un día en el Ateneo y me reprochó como escritor. Quiero recordar que me desalentó el juicio de Uña más que no me animó la opinión de Pedregal». (*O.C.*, II, pp. 1.044-1.045).

Acaso influyera en aquel su acatamiento la tristísima circunstancia de la prematura muerte de Pedregal, poco tiempo antes. Mi protesta iba dirigida precisamente contra un espíritu crítico cuyo escepticismo contagioso era capaz de aniquilar en verde un temperamento tan acusado de escritor como el de mi amigo.

Insistente un día y otro en que volviera sobre su proyecto, le di el título adecuado, seguro del tiro que hace en la voluntad de un autor remiso la sugestión de un nombre:

—¡Si está bien claro! —le dije—. Esa novela se llama *Pasión y muerte*.

No le pareció mal. Le halagaba, sobre todo, mi empeñado interés de lector. Pero se creía incapaz de volver sobre un tema cuya emoción se le había diluido en el tiempo.

Buscó en cambio otras cosas. Unos recortes de *La Correspondencia de España* que tenía guardados de la época de su estancia en París, tres o cuatro años antes.

Contadísimas personas sabían, pocas tuvieron interés en saberlo después, que el cronista parisiense de unos artículos publicados en aquel periódico con el pseudónimo de Martín Piñol, avatar español del diablo medieval, era el secretario del Ateneo³⁰.

Por tales artículos empezó a conocerle como escritor, y a darse cuenta de la excelencia que alcanzaría, uno de sus compañeros casuales de aquella temporada en París, Joaquín Álvarez Pastor, catedrático andando los años y desde entonces amigo suyo de los más estimados. Coincidió asimismo con otros españoles, jóvenes también, de quienes guardó siempre recuerdo simpático. Daniel Alarcón, benjamín de tres hermanos, escritor uno de ellos, fachendosos los tres, y por aquellos años bastante conocidos en las tertulias del Ateneo y peñas de los cafés; el doctor Pascual, médico cartagenero, que ampliaba por aquella época sus estudios en los laboratorios clínicos de París y que había de jugar al advenimiento de nuestra República un papel palatino de singular relieve dramático; y algunos más entre los cuales, tercero en discordia que pudiéramos decir, alternaba el después conocido periodista Juan Pujol, aunque por lo oído a unos y otros nunca con la franqueza y camaradería que usaban los demás³¹.

Presidía en cierto modo aquella pequeña sociedad madrileña desplazada al barrio latino por los años once y doce un profesor que lo fue de la Escuela Superior

³⁰ Véanse los artículos de *La Correspondencia de España*, escritos en 1911 y 1912. (*O.C.*, I, pp. 177-198).

³¹ A este período en París corresponden las cartas de Azaña a su amigo Vicario (véase *O.C.*, I, pp. 840-848) y los apuntes de *Diarios* I, pp. 667-744 y del «Cuadernillo de apuntes», pp. 793-801.

del Magisterio³², y de más edad que ellos y que prematuramente avejentado parecía mucho mayor. Estaba casado con una señora muy guapa y simpática, que le había hecho padre de cinco hijas, lindísimas y despiertas, la mayor de las cuales tocaba ya esa edad, deliciosamente difícil, del paso de niña a mujer.

El profesor era también socio asiduo del Ateneo y a su casa me llevó mi amigo, apartado, cuando empecé a tratarle, de las frecuencias más juveniles y escandalosas de años antes. Aquella familia me recibió con la misma cordialidad sin cumplido que le dispensaban a él. Una de las pequeñas me tomó por su sobrino, pareciéndole sin duda que el parentesco justificaba más y mejor que la libre amistad nuestra mutua afición. Tan dispares éramos en apariencia.

No se necesitaba ser muy avisado para darse cuenta de que en la broma continua que se permitían mutuamente mi tío y la señorita de la casa, latía un resquemorillo, que creí primer chispazo cuando era rescoldo. La primera vez que aventuré una insinuación en tal sentido, la rechazó sin contestación posible. Arriesgué una suposición más atrevida, a que me llevó, con harta ligereza mía, su confianza con la madre, más equiparada a él que la hija y que hubiera podido parecerlo de su marido a tener más coquetería y no la simpática honradez casera que respiraba su natural y saludable desparpajo.

Accedió al fin a contarme, no lo que había, lo que había habido o por mejor decir, lo que trasantaño pudo haber y no hubo, en París³³. La muchacha en flor se aburría ayudando a su padre, falto de heredero varón, en los estudios etnográficos de su especialidad. Afligido por extremada cortedad de vista, no veía tampoco que la niña disfrutaba apenas otra distracción que la de los contertulios de la casa.

³² Se refiere el autor al antropólogo y catedrático Luis de Hoyos Sainz.

³³ Véanse en el *Diario* de 1911-1912 las anotaciones de Azaña el día 8 de septiembre: «Todo este tiempo M. ha ido ganando dentro de mí. Algunos días me ha tenido embobado. ¡Qué luz tienen sus ojos! ¡Qué dulcemente habla y ríe! Una tarde la ha visto Atard y después me dijo unas palabras que me han hecho pensar con más franqueza en lo que me pasa con esta niña. Creo que si no estoy enamorado de ella completamente es que temo que les parezca absurdo a todos, empezando por ella misma». Y el 9 de septiembre del mismo año: «Vuelvo al barrio y en el jardín del Luxemburgo me encuentro a M. Está sola con sus hermanas. Un cuarto de conversación mano a mano. Se me ha figurado que estaba muy contenta de dejar el aire de niña que conserva delante de su madre; ha puesto una gracia, una seriedad, un interés en la conversación, que me hubiera estado muchas horas oyéndola hablar y mirándola en los ojos». Más sobre el mismo tema el 4 de enero de 1915 (*O.C.*, I, pp. 735-736).

Aunque presumieran algunos de ellos de apuestos y conquistadores, a nadie sino a él confió un día llorosilla su romántica desesperación de incomprendida por la familia. Procuró consolarla con quitarle importancia al conflicto entre el monótono deber y el vago afán; pero acudió a la madre por que viera de remediar la preocupación sentimental de su hija. La madre, más conmovida que su criatura, le confesó que su mayor contento sería verla casada con un hombre como él.

Tampoco esta vez le fue difícil sustraerse al apetito de fruto tan tierno. No quería obligarse con empeños superiores a sus recursos materiales. No estaba en situación de poder crearse una familia. Y menos con una niña de quince años. Desentendido hasta cierto punto de la suya, hallaba en su discreta libertad compensación suficiente a la vida solitaria.

No hubo más ni menos. Cuando fui presentado en casa del profesor³⁴, Mercedes tenía, a disgusto de su padre para mayor aliciente, el novio militar con quien se casó años después. Pero mi amigo conservó por ella cierta simpática ternura.

Antes había casado otra novia de un primer amor formal. Años atrás hizo la corte, fácilmente correspondido, a una prima suya, con quien pelaba la pava a una reja o balcón bajo, en el barrio de Argüelles, donde ella vivía. Distanciados por las circunstancias, siempre le guardó un afecto tan sincero como mal pagado. Casada después con un militar, que alcanzó con los años el generalato³⁵ quiso que fuera madrina de su boda mucho más tarde. Un destino atroz los había de separar tan cruel como definitivamente con la fatalidad de la guerra.

³⁴ Luis de Hoyos Sainz.

³⁵ El general Ángel García Benítez. Véase *Memorias*, I, págs. 102-103, del 13 agosto 19312.